

# Aurora

José Alberto García Lozano\*



*El papalote de Tequexquahuac*, (2009). Técnica mixta (acrílico, papel amate trenzado y tierra sobre tela), 50x50 cm.

En la repisa de la recámara de mi abuelo todavía se encuentra un cubo de Rukbick que yo mismo le regalé. Me sorprendió verlo ahí y le pregunté si por fin había aprendido a resolverlo. En mi adolescencia dedicaba mis mejores esfuerzos para que él lo armara, me regalaba algunos minutos de atención y volvía a sus labores. Parecía que había aprendido perfectamente las instrucciones, pero, a la semana siguiente, el cubo seguía igual o más desordenado que la última vez.

Con mi abuelo viví los *hot cakes* de los domingos en la mañana bañados de miel de abeja. Desayunábamos a la sombra de un árbol que tenía plantado enfrente de la cocina. Los martes de lucha libre me quedaba dormido en sus piernas mientras nos arrullaba su mecedora. Más tarde pasaba mi padre por mí y me preguntaba qué tal había estado la lucha. A pesar de no haber visto completa ni la primera caída yo regresaba cada semana a disfrutar ese peculiar mueble que estrechaba una relación entre dos generaciones.

Las fotos de las paredes muestran a uno de sus nietos en blanco y negro vestido a la usanza del Llanero solitario, otro encima de un caballo de madera y unas niñas con vestidos cortos que, me parece increíble, se hayan transformado en las guapas mujeres que son mis primas.

La casa de mi abuelo es distinta a cualquier casa que yo haya conocido y no se trata sólo de la nostalgia o el romanticismo con que a veces se ven las cosas. Poseía una especie de huerta de la que sólo puedo recordar los frutos de un gran árbol de granadas. Antes de la huerta, había unos chiqueros donde tenía lugar la crianza. Nunca me molestó el olor de la casa, pero sí a los vecinos que pasaban todo el tiempo quejándose, excepto el día en que los mataba, cuando gustosos acudían a comprar carne, chicharrones o manteca. Además, durante el año, mandaban a sus hijos con una cubeta de tortillas y comida sobrante, eran los desperdicios, y mi abuelo les daba unos centavos a aquellos niños por el manjar que llevaban a sus cerdos.

El día de la matanza era el acontecimiento más importante en la calle donde vivía. Para empezar estaba el hecho de que alguna vez, al sacar al cochino del corral, éste huía como si siempre hubiera conocido el camino hacia la calle y detrás de él mi abuelo, el matador, mis tíos y un montón de chiquillos alborotados. Cuando el marrano cambiaba de dirección, todos los niños olvidábamos que la intención



era, precisamente, darle alcance y salíamos despavoridos para todos lados. Los grandes sometían a la bestia y lo encaminaban de vuelta al corral, donde lo tiraban al piso, lo ataban de las cuatro patas y, en medio de un chillar impresionante, el matador, provisto de una serie de cuchillos que tenían funciones diferentes, encajaba una especie de daga en el cuello del animal. Entre todos lo detenían para que no se moviera y mi abuelo colocaba una olla debajo de la herida para recoger la sangre. *Del cerdo nada se desperdicia*. Una vez muerto el animal, el mismo matador procedía a quitarle la piel, misma que se colgaba en un lazo como si fuera una ropa tendida para ser secada por el sol. La fiesta duraba varios días.

A la mañana siguiente las labores comenzaban desde temprano. Había que destazar al animal, del que ya estaba la mayor parte vendida. Un cazo que, para mi tamaño, era gigante empezaba a calentarse encima de una fogata. Dentro se preparaban los chicharrones. Lo más cotizado del cazo eran los cueritos sancochados (que sólo la familia tenía derecho a disfrutar) y los tacos de zurrupitas, eran éstas las morusas de los chicharrones a punto de quemarse y rescatadas del fondo del recipiente con un gran cucharón de madera. Unas tortillas, sal de grano depositada en un coco partido, limones y

una botella de salsa *Valentina* bastaban para acompañar el delicioso cerdo que hace unas cuantas horas aún reventaba nuestros oídos con sus gritos.

La manteca era depositada por mi abuelo en unas cubetas de metal que durante los siguientes días iba vendiendo por kilos. Era una manteca morena y sabrosa, no como la manteca blanca que uno compra en los supermercados.

Ésta era la fiesta de la que disfrutaban todos los vecinos, pero nosotros teníamos, además, otros privilegios: observar a los marranitos que nacen y se pegan a las tetas de su madre. Degustar el alimento para cerdos que se guardaba en costales, tenía la apariencia de los *churrumais*; otros niños pagaban por el manjar que nosotros, a escondidas de mi abuelo, obteníamos gratis. El baño con manguera que siempre me pareció inútil porque antes de estar secos ya estaban los cerdos revolcándose en el piso lodoso. Ser testigos de la competencia de los puercos por los desperdicios como si no se hubieran pasado comiendo todo el día.

La corretiza más memorable de un cerdo cambió el *modus vivendi* de mi abuelo e impuso una especie de mordaza a nuestras conversaciones y aún a nuestros recuerdos. Era un ejemplar de pelos amarillos con manchas negras y tenía la misma expresión que yo recuerdo en todos los puercos, incluso después de muertos. Es decir, hay una especie de sonrisa en su hocico y una forma de mirarlo a uno como de reojo, nunca de frente, como si no quisieran hacer evidentes algunas intenciones. Este cerdo escapó de las manos de quienes lo sujetaban y contrario a la costumbre de sus antecesores, no corrió hacia la calle. Cambió su trayectoria para irrumpir justo donde se encontraban las mujeres con los niños más pequeños. Todo pasó con demasiada velocidad, el cuerpo de mi prima Aurora fue pisado por un animal de casi 180 kilos de peso antes de poder ser detenido por los adultos. El matador omitió el procedimiento de esperar a tenerlo totalmente sometido y encajó su daga con la misma puntería de siempre, que hacía innecesaria otra herida para matarlo. La sangre no fue depositada esta vez en la olla y el protagonista de la tarde había dejado de ser aquél que estaba destinado a ser comido. Las atenciones se centran ahora en el cuerpecito magullado y ya sin vida de mi pequeña prima, y los chillidos del animal eran opacados por unos indelebles y más terribles... los de mi tía.

La mañana de los chicharrones fue sustituida por un funeral.

\*Diseñador gráfico, estudió en la escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara. Reside en Ciudad Juárez desde 1997. Publicó el libro *Sin agraviar a los ausentes*. También ha publicado ensayo y cuento en diferentes revistas tanto del estado de Chihuahua como de Guadalajara, Jalisco. Participó en el taller de novela impartido por Élmer Mendoza. Se desempeña también como artista plástico y es responsable de un proyecto de intervención comunitaria para zonas marginales de nuestra ciudad llamado "Se va y se corre, Lotería Literaria".